

DE
LAS VEGAS
A
LA LUNA.



UN RELATO DE LA SERIE VÍCTIMAS DE MURPHY

MIRIAM MEZA

AUTORA DE CONEXIÓN INESPERADA

DE LAS VEGAS A LA LUNA.



UN RELATO DE LA SERIE VÍCTIMAS DE MURPHY

Diseño de Portada: Aletheia Creative © 2019

Maquetación: Aletheia Creative © 2019

Ilustraciones: Freepik.es

Esta es una obra de ficción. Los personajes, lugares y situaciones mencionadas son parte de la imaginación del autor y utilizados de forma ficticia. Los derechos de las marcas, publicaciones, sitios web, música y otros contenidos multimedia, y demás productos mencionados en esta obra pertenecen a sus respectivos dueños.

Esta obra no puede ser reproducida, escaneada o distribuida de cualquier manera sin la autorización del autor, salvo el uso de citas breves en la redacción de artículos o reseñas.

DE LAS VEGAS A LA LUNA.

Todos los derechos reservados © Miriam Meza, 2019

TABLA DE CONTENIDOS

[NOTA DEL AUTOR](#)

[VISITAS MATERNAS Y OTRAS SEÑALES DEL APOCALIPSIS](#)

[MÁS SABE EL DIABLO POR VIEJO...](#)

[MERECES UN NUEVO NOMBRE DE SUPERHÉROE](#)

[UNA IDEA, UN PLAN, UN EQUIPO...](#)

[UN ELVIS EBRIO Y UNA PROPUESTA \(INDECENTE\)](#)

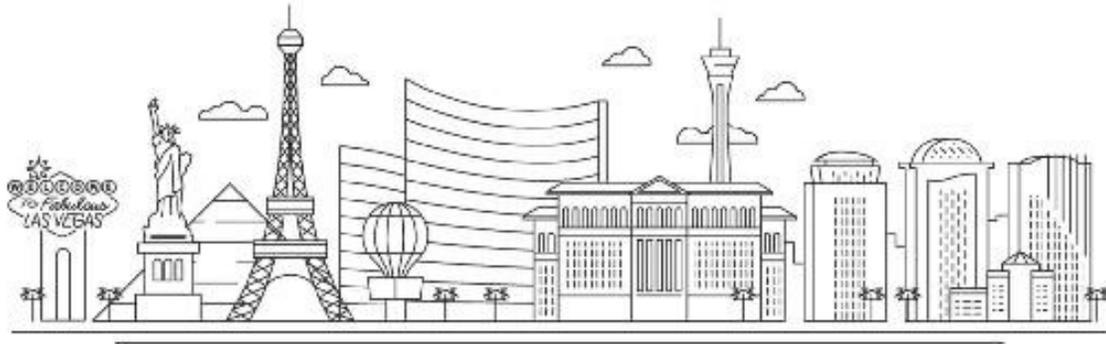
[LO QUE PASA EN LAS VEGAS, TE PERSIGUE POR EL RESTO DE TU VIDA](#)

[OTROS TÍTULOS EN LA SERIE](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

*“Para mi próximo número necesito
que me beses y haré aparecer
mágicamente mariposas en tu
estómago.”*

Pablo Neruda

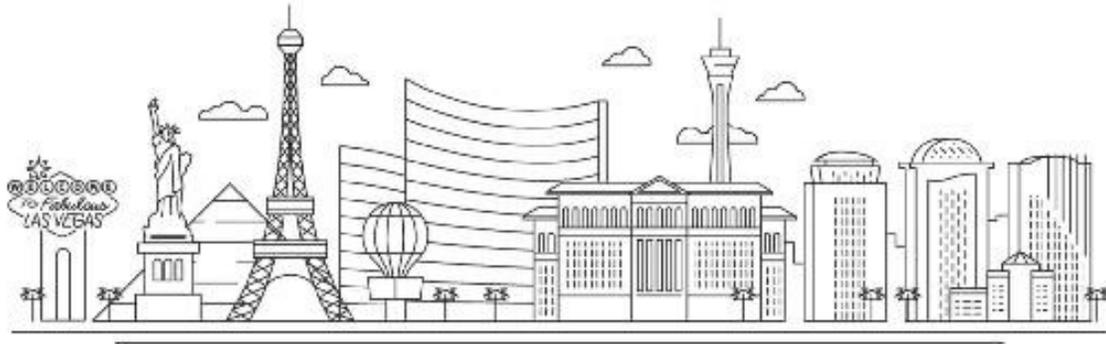


NOTA DEL AUTOR

Este relato fue escrito como continuación para la historia de Ruth e Ignacio, protagonistas de mi novela **CONEXIÓN INESPERADA**. Si todavía no lees la novela, te invito a hacer una pausa, ir por ese libro y leerlo antes de aventurarte con este relato ya que lo que leerás a continuación **NO ES INDEPENDIENTE**.

Habiendo aclarado el punto, y si ya conoces lo que sucede en Conexión Inesperada, entonces puedes avanzar a la siguiente página.

Que disfrutes la historia. Dios sabe que cuanto disfruté yo escribiéndola.



VISITAS MATERNAS Y OTRAS SEÑALES DEL APOCALIPSIS

Ruth

Cuando empecé a colaborar con mi amiga Melina en la organización de su boda, lo último que imaginé es que mi vida se iba a convertir en una pesadilla. Las charlas sobre vestidos, arreglos florales y salones de fiestas no eran el problema. Mi madre lo era. Sus continuas llamadas para opinar sobre mi vida se convirtieron en visitas. Aleatorias, sin aviso y totalmente incómodas visitas. Y sus críticas, que usualmente eran respecto a mi escasa vida social y de cómo iba a terminar convertida en una solterona, ahora tienen como tema principal la naturaleza de mi relación con Ignacio.

«Como si su opinión sobre el tema fuera a cambiar algo.»

Al principio ignorarla resultaba sencillo, pero conforme pasaba el tiempo hacerme la tonta cuando ella sacaba el tema se volvía más y más complicado. Ahora mamá parece un muro infranqueable en medio de mi sala y de mi vida, y temo que en el día menos pensado Ignacio se termine hartando del drama y se dé por vencido conmigo.

«Y Si tengo que ser del todo honesta, no lo culparía.»

A mi madre se le ha metido en la cabeza la idea de organizar mi boda.

Cosa que es totalmente absurda y ridícula, dado que Ignacio y yo no hemos hablado del tema. Que sí, que hemos estado en una relación por casi un año, que él se mudó a mi casa cuando puso la suya en venta, y en general todo va bien entre nosotros, pero de ahí a hacer planes de boda hay un largo trecho. Y si los hubiera, a la última persona a quien le confiaría la labor de organizar el evento sería mi mamá.

—No entiendo... —dijo Laura mientras le pasaba una pila de revistas de novias a Belén—. ¿A tu mamá se le contagió la fiebre de las bodas? —Se burló.

—No se le contagió —le aclaré a mi amiga—. Nació con ella.

—¿Y toda esa repentina insistencia es porque vives en pecado con el hermano de Flor? —Se burló Belén—. ¿O es que acaso hay algo que no nos estás contando?

—Espera un momento... —dijo Flor—. ¿Mi hermano te pidió matrimonio y no me habías dicho nada? —Se quejó indignada—. ¿A mí? —Insistió señalándose a sí misma—. Yo puedo entender que no le dijeras a esta pandilla de locas todavía... —me miró frunciendo el ceño—. Pero pensé que lo nuestro era especial.

—Florecita... —dijo Lorena aclarándose la garganta—. Ruth está teniendo sexo con tu hermano, no contigo —le recordó, haciéndome sonrojar—. Ella no te debe exclusividad en la entrega de las noticias —añadió—. Y a menos que te vayan las charlas incómodas, dudo que te hable mucho de su vida sexual en estos días.

—Ese chiste sí que está bueno —se carcajeó Belén—. Flor preguntándole a Ruth por las medidas y desempeño de su hermano entre las sábanas.

—Se están desviando del punto... —dijo Melina en voz baja, quien hasta el momento se había mantenido en silencio.

—Exacto, la boda de Ruth —respondió Laura.

—No hay tal plan como una boda para Ruth —les dije con voz seria—. En primer lugar, porque Ignacio no me lo ha pedido —les aclaré—. Y en segundo lugar, porque no voy a dejarla organizar una boda, verdadera o falsa, solo para que ella pueda presumir con sus amigas.

—Yo creo que el día que te cases, vas a terminar haciendo todo lo opuesto a lo que tu mamá sugiera —se burló Melina, y el resto de mis amigas parecían estar de acuerdo.

—Sí, una escapada a Las Vegas —sugirió Carolina—. Con un Elvis

borracho y nosotras disfrazadas de...

—¡Eso! —Saltó Melina—. Nos ahorramos todo este lío con un viaje —sugirió—. Nos vamos a celebrar la despedida de soltera en uno de esos espectáculos de *Magic Mike*^[1], los chicos pueden tener su propia versión de *Hangover*^[2]...

—Sin el tigre, dientes extraviados o tatuajes en la cara —sugirió Lorena.

—Sí, eso... —Asintió Melina—. Pero también serían unas vacaciones para todos, y una oportunidad para pasarla bien juntos.

—¿Cuál fue la parte de *no tengo pensado casarme todavía* que ustedes no entendieron? —Me quejé.

—No hablaba de tu boda —dijo Melina mirándome con el ceño fruncido—. Si no de la mía.

—Y así se fue mi trabajo al retrete —bufó Cecilia.

—Tratándose de Melina —dijo Laura—, se va a necesitar quien planee hasta la ropa interior que va a usar en la noche de bodas.

—Es cierto —asintió Carolina riendo—. Como en su primera cita con Superman.

—Muy gracias... —resopló Melina—. Pero ellas tienen algo de razón. Voy a necesitar a alguien que pueda organizarlo todo, aunque me escape con el novio para saltarme todo esto —dijo Melina señalando la pila de revistas de bodas regadas en el piso.

—Lo que quiere decir que, no solo tienes que coordinar comida, bebidas y música, sino que además tienes que hacer de agente de viajes... —añadió Belén.

—Y, obviamente, les cobraremos más por el servicio —sonrió Flor complacida—. Este plan me gusta.

—¿Has considerado en este súper plan tuyo una lista de excusas creíbles para las que, como yo, debemos rendirle cuentas a un jefe? —Preguntó Laura mirando a Melina con una ceja arqueada.

—Todavía no... —se encogió de hombros mi amiga—. Pero la tendré pronto —sonrió y le guiñó el ojo.

Eso nos hizo reír a todas, porque si alguien era capaz de sacarse este plan de la manga era ella. Y si tenía que ser honesta, deseaba que se hiciera realidad. Aunque fuera para escapar de casa por algunos días.

El resto de la tarde se pasó sin que nos diéramos cuenta, y cuando llegó el

momento de regresar a casa recordé el drama que me aguardaba. Mi madre, sus críticas, la tensión entre ella e Ignacio, y mi incapacidad para plantarle cara de una vez por todas. Estaba cansada de todo eso. Pero sobre todo estaba cansada de no tener intimidad con mi novio. ¿Cuál es el chiste de vivir juntos si no puedes aprovechar las ventajas?

«¿Y eso es culpa de quién?»

—De mi madre, obviamente —me respondí a mí misma recordando la noche anterior, cuando apareció en mi puerta con una maleta declarando que su casa estaba infestada de roedores y que no podría regresar a ella por un par de días mientras un equipo de limpieza se hacía cargo.

En ese momento sonó mi móvil y una foto de Ignacio apareció en la pantalla. Entonces me apresuré a responder, rogándoles a todos los dioses del Olimpo que no se tratara de algo relacionado con mi madre.



MÁS SABE EL DIABLO POR VIEJO...

Ignacio

Nunca pensé que llegaría este día. El día en que tuviera que darle la razón a Alberto sobre mi decisión de mudarme con Ruth meses atrás. Él tenía razón al pedirme que lo pensara mejor, en insistir que no renunciara a mi propio espacio, en que me tomara las cosas con calma... ¿pero qué hice yo? Recordar todas las veces en que él se ha equivocado, e ignorar sus sugerencias.

«Como si no hubiese cometido yo también un montón de errores.»

Los inicios de nuestra relación no fueron precisamente los más convencionales, así como tampoco lo ha sido el resto de nuestra historia. Sin embargo cada vez que damos un paso al frente, algo o alguien insiste en recordarnos todas las formas en que puede fallar esto que tenemos. Siendo el ejemplo más reciente su madre, quien se ha instalado en casa para supervisarnos.

«Porque a mí no me engañó con esa historia de la infestación de roedores.»

La madre de Ruth se ha tomado bastantes molestias para demostrarle a su hija que comete un error al estar perdiendo su tiempo conmigo. Y ¿sabes qué? A veces siento que podría tener razón.

—Lo que sea que estés pensando... —dijo Alberto de repente—. No lo

hagas.

—No sé de qué hablas —mentí.

Descubrí que era más fácil hacerlo si evitaba el contacto visual, y por eso me quedé mirando la pantalla del ordenador como si fuera la cosa más interesante del mundo. Pero mi compañero no iba a quedarse quieto, ¿cierto?

No, el muy cabrón se puso de pie, caminó hacia mí e hizo girar mi silla hasta que quedamos de frente.

—Claro que sí lo sabes —respondió—. Tienes la misma cara que pones cada vez que estás a punto de meter la pata.

—Serás imbécil... —me quejé.

—Y experto certificado en el fino arte de cagarse la vida... —me dijo—. Por eso te estoy dando el consejo.

Estaba por responderle cuando empezó a sonar mi móvil. Saqué el aparato de mi bolsillo, miré la pantalla y sonreí. La llamada de mi abuela era algo que no esperaba, pero no podía negar que estaba agradecido por la interrupción.

—Esta conversación no ha terminado —me advirtió Alberto mientras caminaba hacia la puerta para darme algo de privacidad. Aunque probablemente fuera porque no quería tener que lidiar conmigo mientras siguiera de cabezota.

—Pues a mí me parece que sí —me encogí de hombros antes de presionar el ícono para responder la llamada.

La conversación con mi abuela fue bastante breve, y algo debió notar ella porque al igual que Alberto me advirtió que no me atreviera a hacer algo estúpido. Por más que insistí en que todo estaba bien, ella no me creyó. Mi abuela siempre ha tenido la habilidad de detectar mis mentiras, incluso desde niño. Incluso me hizo prometer que la visitaría al salir de la oficina para, según ella, asegurarse de que las cosas realmente estuvieran tan bien como yo me empeñaba en decirle.

Cuando Alberto regresó a la oficina, bastante después de terminar mi llamada, estaba silencioso y pensativo. Demasiado silencio y pensativo para mi gusto. Cuando ese tarado pasa tanto tiempo metido en su propio mundo, lo que sigue es uno de esos “inventos fantásticos con el potencial de causar una tragedia.”

Cuando el reloj del ordenador marcó la hora de salida, Alberto seguía sin hablar. Él solo estaba allí, sentado y con la mirada perdida, y yo estaba empezando a preocuparme.

—¿Todo bien? —Le pregunté.

—Mi padre falleció... —dijo en un tono de voz tan bajo que por un momento dudé de lo que había escuchado.

—¿Qué has dicho? —Pregunté para estar seguro.

—Mi padre... él... acaba de morir —dijo un poco más fuerte, volteándose a mirarme por primera vez desde que regresó a la oficina.

—¿Qué te hace pensar eso? —Le pregunté.

—Me llamaron mientras estuve en el pasillo —respondió mientras negaba con la cabeza—. El funeral será mañana.

—Si necesitas tiempo para ir... —ofrecí, porque indiferentemente de la poca relación que pueda tener con mis padres, me gustaría tener la oportunidad de despedirme de ellos cuando llegue el momento.

—No —me interrumpió—. Lo último que necesito en estos momentos es estar rodeado de esos carroñeros que tengo por familiares —se encogió de hombros como si estuviera hablando de alguien extraño y no de su papá—. Prefiero estar aquí, ocupando la mente con el trabajo, en lugar de estar allá —confesó.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —Quise saber.

—Un compañero de tragos me vendría bien —admitió.

—Cuenta conmigo —respondí, y luego recordé el compromiso que tenía—. Después de que le haga una visita a mi abuela.

—Podría acompañarte a verla —dijo Alberto encogiéndose de hombros. Y sabiendo que él necesitaba la compañía, acepté.

Entonces resultó que Alberto y mi abuela tenían un pasatiempo en común. Planear y decidir sobre mi vida sin tomarme en cuenta. Nuestra visita duró un par de horas, durante las cuales ellos se dedicaron a hacer teorías sobre lo que me preocupaba y a darme ideas para resolver los problemas que, según ellos, podría estar experimentando en mi relación con Ruth.

—Lo que les hace falta a ustedes dos... —dijo mi abuela cuando estábamos por marcharnos—. No a ti y a Alberto, sino a ti y a Ruth... —aclaró—. Es escaparse un fin de semana —sonrió—. Cuando tu abuelo empezaba a pasar mucho tiempo dentro de su propia cabeza, a buscar problemas que no existían, yo me inventaba un viaje —se encogió de hombros—. A la playa, al campo... a un hotel al otro lado de la ciudad —me dijo—. Y la mayoría de las veces funcionaba.

—Esa no parece una idea tan mala —admití.

—Porque no lo es —respondió mi abuela—. De lo contrario, mi matrimonio no habría durado tanto —confesó haciéndonos reír—. Hazme caso, mi niño —insistió—. El diablo sabe más por viejo...

—Sí, abuela —respondí negando con la cabeza.

—Cuando necesite consejos y trucos para mantener entretenidas a las damas, ya sé a quién visitar —dijo Alberto sonriendo y, curiosamente, el muy cabrón no estaba bromeando.

—Mantente alejado de mi abuela —le advertí.

—No le hagas caso... —le dijo mi abuela—. Cuando quieras venir a visitarme, estoy disponible.

Después de eso nos despedimos y retomamos el plan de llevar a Alberto a un bar para ahogar sus penas en cualquier cosa que tuviera el ánimo de tomar. Cuando propuse ir hasta el bar de Belén, la amiga de Ruth, Alberto negó con la cabeza y empezó a hacer excusas. No insistí, porque la idea era animarlo, pero sí me pareció extraño. Hice una nota mental para preguntarle a Ruth si sabía algo sobre eso.

Terminamos en un bar cercano al edificio de la revista. El mismo bar en el que Alberto y yo nos emborrachamos aquella vez que Ruth me invitó a una boda, sin saber que era yo. El mismo en el que tiempo después ella y yo nos emborrachamos juntos, para luego terminar en su cama. El recuerdo me hizo sonreír. El licor no tardó en aparecer frente a nosotros, y después del primer trago las confesiones empezaron a correr.

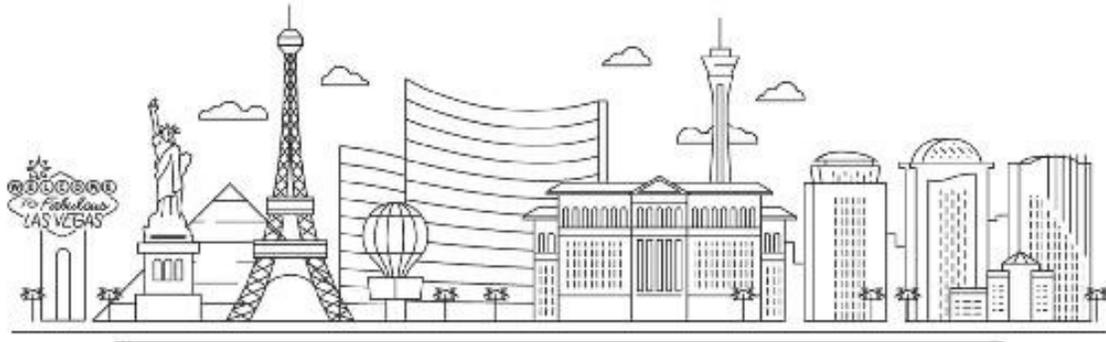
Alberto me habló un poco de la situación que tenía en casa, debido a la muerte de su padre, y me explicó por qué no deseaba viajar a despedirse. Por momentos sentía que me estuviera contando una película y no algo de la vida real. De su vida. Me dediqué a escucharlo mientras él bebía. Yo dejé de tomar porque debía conducir, y porque escuchando a mi amigo hablar empecé a sentir que la idea de mi abuela no era tan descabellada. Tenía que aprovechar los momentos con Ruth mientras duraran, en lugar de condenarme a fallar sin siquiera intentarlo.

Saqué mi móvil del bolsillo y marqué el número de mi novia, y después de un par de repiques ella respondió. No tenía idea de si esto sería suficiente para devolverle algo de normalidad a nuestra relación, pero valía la pena probar ¿no?

—Si te pido que te escapes conmigo esta noche... —empecé a decir—. ¿Qué me dirías?

—Que es la mejor idea que has tenido últimamente —la sentí sonreír—.
No estoy de ánimos para escuchar las quejas de mi mamá —admitió—.
¿Dónde quieres que nos veamos?

—Te envió la dirección en un mensaje —respondí.



MERECES UN NUEVO NOMBRE DE SUPERHÉROE

Ruth

A veces sentía que Ignacio y yo estábamos conectados en una forma que pocas parejas experimentaban, pero también sentía que el universo se estaba empeñando en ponernos las cosas difíciles. Como si necesitáramos probar que esto iba en serio. Que nosotros éramos algo real. Por eso cuando recibí su mensaje con la dirección no dudé en ponerme en marcha.

Atravesar la ciudad no fue la tarea más sencilla, pero conforme me acercaba al lugar de nuestra cita mi anticipación crecía, tal y como pasaba meses atrás cuando intercambiábamos mensajes sin saber quién estaba detrás de la pantalla. Solo que esta vez no me esperaba un texto, sino mi propio superhéroe de carne y hueso.

Cuando llegué al lugar de nuestra cita mi primera reacción fue fruncir el ceño. Luego me eché a reír. Había escuchado del lugar por Laura, quien constantemente bromeaba al respecto. Un motel en las afueras de la ciudad en el que cada habitación era nombrada después de una película famosa, y en el que todas tus fantasías podían volverse realidad. Esas fueron sus palabras, si la memoria no me falla. Sin embargo, hasta el momento, no había visto el lugar

en persona. En parte porque no le creía. Es que cuando escuchaba sus historias las catalogaba con el resto de sus aventuras sexuales, en el cajón de mitos urbanos.

—Supongo que es tiempo de descubrir si todas las leyendas eran ciertas —murmuré en voz baja, como si temiera que alguien me fuera a escuchar.

Estacioné mi auto en el espacio reservado para clientes, aseguré las puertas al bajar y caminé hacia la recepción. Me disponía a pedirle información a la encargada cuando me llegó un nuevo mensaje de Ignacio indicándome el piso y habitación a la que debía dirigirme, así que no perdí más tiempo y seguí sus indicaciones.

Cuando llegué a la habitación correcta toqué la puerta. La mezcla de nervios y anticipación estaba haciendo cosas extrañas con mi estómago. No eran exactamente mariposas, sino más bien pterodáctilos revoloteando ahí dentro. Las manos me sudaban, las piernas me temblaban y temía que en el momento menos pensado me fuera a desmayar. Aunque eso también podría deberse a que me había saltado el almuerzo.

Ignacio abrió la puerta segundos después, y cuando me vio empezó a sonreír. ¿Y sabes una cosa? Esa sonrisa suya, esa que dice *soy un niño bueno pero voy a hacer cosas realmente perversas contigo* era mi debilidad.

—Tengo que advertirte algo... —me dijo. Estaba parado en la puerta, bloqueándome la entrada. Ni siquiera podía ver qué había dentro así que no tenía idea de lo que estaba por decir—. Cuando Alberto me habló de este sitio no tenía idea de que sería así.

—¿Así cómo? —Pregunté fingiendo inocencia. Yo también había escuchado historias, pero quería saber qué pensaba él.

—Tan... —empezó a decir, pero era obvio que tenía problemas para encontrar el término correcto—. ¡Qué diablos! Será mejor que lo veas tú misma —se rindió, haciéndose a un lado para dejarme pasar—. Pero además está decir que nunca volveré a ver a *Iron Man* de la misma manera —suspiró con pesar.

El interior de la habitación podía ser tanto el sueño erótico como la peor pesadilla de un verdadero fan de Marvel. Las paredes, cortinas, la cama y demás muebles eran de los colores característicos del héroe de acción, con terminaciones metalizadas pensadas para hacerte sentir en el interior del traje de *Iron Man*, o atrapado en un contenedor a la espera de un violador o asesino en serie. Había espejos colocados estratégicamente alrededor de la cama,

además de una selección de juguetes sexuales que pondría en vergüenza el inventario de la tienda en la que Laura trabaja. Y sí, adivinaste. Todos en rojo y amarillo, para seguir con la temática.

—Vaya... —suspiré, sin saber muy bien qué otra cosa decir.

—Nos podemos ir, si quieres... —dijo Ignacio en voz baja.

—A ver... —comencé a decir—. Si me pones a escoger entre las cincuenta sombras de *Iron Man* y volver a casa para encontrarme con mi mamá... —fingí considerarlo por un momento antes de darle mi veredicto—. Me quedo con el superhéroe.

—Esto no es muy heroico que se diga... —Ignacio negó con la cabeza y yo me eché a reír.

—Pues eso depende de cómo lo veas —me encogí de hombros—. Hay que tener ciertas cualidades para ser héroe... —empecé a explicar mientras colgaba mi cartera en el respaldo de una silla y me deshacía de mis zapatos—. También hacen falta ciertas condiciones para hacer uso de todo esto —señalé la habitación con el dedo—, y no morir en el intento.

Eso hizo reír a Ignacio. Yo, en cambio, estaba hablando muy en serio. Y para demostrar qué tan serio era el asunto empecé a quitarme la ropa, dejándola caer en el piso sin ningún protocolo.

—¿Y bien? —Le pregunté arqueando una ceja—. ¿Piensas quedarte allí parado o vas a unirme a la fiesta?

Eso lo puso en movimiento. Lo primero en desaparecer fue su corbata. La misma que yo elegí por su cumpleaños, y que tenía un gracioso estampado con el escudo del Capitán América. Encontrarla fue toda una experiencia. Una que espero no repetir de inmediato, y que ameritó la intervención de Emi, la hija de Superman.

Después desapareció su camisa, seguida muy de cerca por los zapatos y pantalones que llevaba puestos. Ambos quedamos en ropa interior, parados frente al otro mientras considerábamos el siguiente paso.

—¿Y bien? —Ignacio sonrió de medio lado, devolviéndome las palabras que le dije segundos antes—. ¿Qué piensas hacer ahora? —Me preguntó.

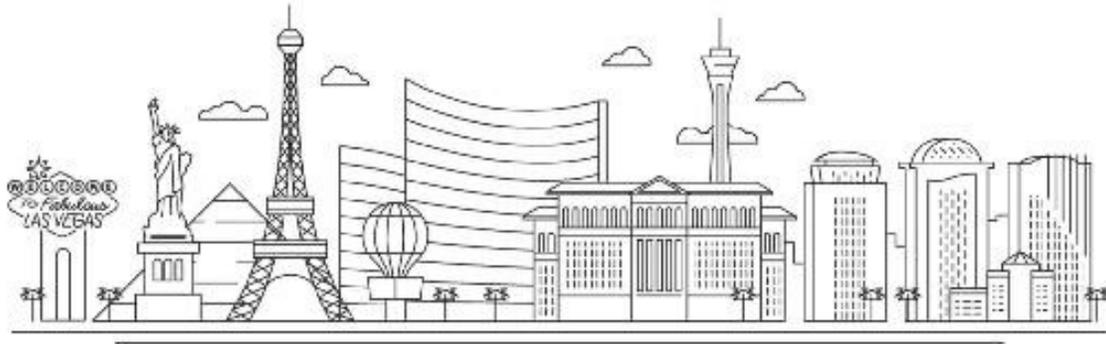
—Colocarte una capa y buscarte un nuevo nombre de superhéroe —sonreí en respuesta—. Aunque eso lo podríamos dejar para después.

—¿Después de qué?

—Después del primer orgasmo... —me encogí de hombros—. O de los primeros seis. Tengo algunas opciones en mente y quiero ver si realmente vas

a hacerles justicia.

Demás está decir que la noche apenas nos alcanzó para ponernos al corriente con todo el sexo pendiente desde la llegada de mi mamá. No hubo superficie ni objeto en esa habitación que no usáramos. Para el momento de volver a la realidad me quedó claro que Ignacio no solo merecía un nuevo nombre de superhéroe. Sino que además pertenecía a una clase de héroe a la que otros hombres solo aspiran a pertenecer.



UNA IDEA, UN PLAN, UN EQUIPO...

Ignacio

Unos días después de mi escapada con Ruth, Melina y Samuel aparecieron por mi oficina para solicitar un permiso de ausencia. ¿El motivo? Planeaban viajar a Las Vegas para casarse. Extrañamente, esa noticia pareció sacar a Alberto de ese estado aletargado y pensativo en el que había estado desde que recibió la noticia de la muerte de su padre.

«Yya sabemos que un Alberto pensativo es un Alberto peligroso.»

—¿Y cuándo es la boda? —Preguntó mi amigo.

—El sábado —respondió Melina—. Pero queremos llegar unos días antes para arreglarlo todo —explicó—. Mis amigas van a unírse nos el sábado en la mañana... y ese es básicamente el plan.

—¿Tú sabías de eso? —Me preguntó Alberto.

—Algo me dijo Ruth... —admití, porque sí habíamos hablado del tema pero acordamos que ella viajaría con sus amigas, y que yo me quedaría en casa. Pero Alberto no necesitaba saber eso, por lo que me concentré en mi tarea actual—. Volviendo a lo del permiso... —me dirigí a Samuel y Melina—. No hay ninguna razón para negárselos —me encogí de hombros y luego hice las anotaciones correspondientes—. Solo serán pocos días, después de todo.

—¿Y la luna de miel? —Alberto parecía muy interesado en el tema. Y si no estuviera preocupado por su sanidad mental, hasta me reiría.

—La planearemos para nuestras vacaciones —respondió Samuel—. Acordamos esperar a que mi hija terminara el año escolar y mi hermana pudiera venir a cuidarla mientras estamos fuera.

—Saben que no tienen que darle explicaciones a este idiota, ¿no? —Les dije—. Sus permisos ya están marcados en el calendario desde mañana y hasta el lunes, en caso de que haya complicaciones con los vuelos, y demás —expliqué—. Así que los esperamos en sus puestos de trabajo el martes en el horario habitual.

Melina y Samuel se despidieron y salieron de mi oficina, dejándome a solas con el tarado de Alberto. Estaba guardando las fichas con los permisos que acababa de firmar cuando mi amigo volvió a hablar.

—¿Quieres acompañarla? —Me preguntó.

—¿De qué hablas?

—A Ruth... a la boda... —explicó, como si yo fuera idiota—. ¿Quieres ir con ella?

—Me gustaría, sí —le respondí—. ¿Pero puedo? No después de pagar las reparaciones de mi carro, ponerme al día con mis lecciones de vuelo y pagar las cuentas. No todos conseguimos dinero cada vez que estornudamos.

—Ah, pero ese no es un problema... —me dijo.

—No veo como me vayan a dejar subir en un avión si no tengo dinero para el boleto —le respondí rodando los ojos.

—Yo puedo pagar por tu boleto —se encogió de hombros—. Me hace falta una distracción. Ya sabes que no he estado bien después de lo de mi papá...

—Tu eres de lo peor —me eché a reír—. No quisiste un permiso para ir al funeral de tu padre, pero sí quieres ir a una boda en Las Vegas —dije—. De dos personas a las que difícilmente conoces.

—Claro que los conozco —se defendió—. He tenido que tratar con ellos cada vez que me has arrastrado a las reuniones sociales a las que te invita tu novia, que siempre incluyen a sus amigas y sus parejas.

—Cuando andabas tras Belén no te importaba asistir a esas reuniones —le recordé arqueando una ceja.

—Yo no iba tras Belén —me dijo—. Ella y yo teníamos un arreglo que nos convenía a ambos, y ya —se encogió de hombros—. Además, si yo hubiese pedido tener algo serio con ella, seguramente habría terminado con mi cabeza

en una pica y mis partes hubiesen sido repartidas por todo el país, como hicieron con William Wallace^[3], para recordarle a los hombres que las mujeres tienen derecho a mandarnos a la mierda y vivir su vida solas.

—Eso es un poco dramático... —respondí—. Incluso para ti.

—Pero no es mentira —sonrió—. En fin... que eso no es lo importante, sino que tengo ganas de pasarla bien y ellos tienen una fiesta. Tú puedes asegurarnos el tiempo libre, y yo tengo el dinero que necesitamos —explicó—. Dime... ¿qué puede salir mal?

Tenía en la punta de la lengua una lista de al menos mil cosas que podrían fallar con su idea, pero no dije nada. Lo que hice en cambio fue escribirle a Ruth avisándole del cambio de planes. Al final del día estaba un poco más convencido de seguirle la corriente a Alberto, e incluso se me había ocurrido la idea de aprovechar el viaje para investigar qué tan animada estaba mi novia en dar el siguiente paso en nuestra relación.

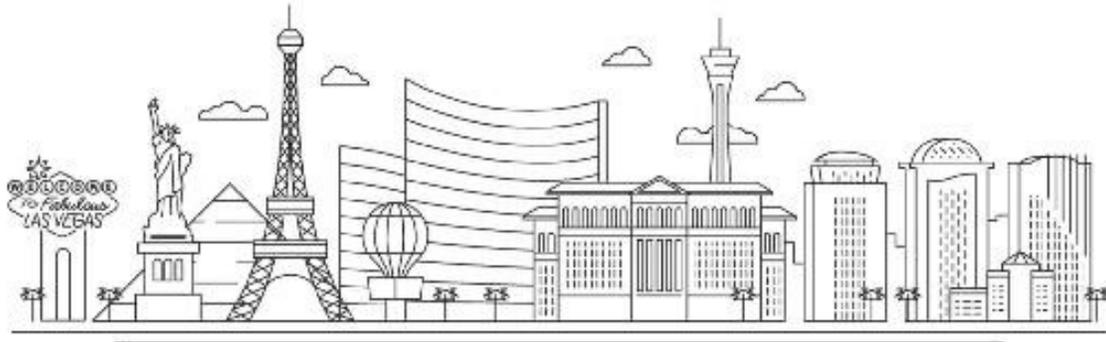
Antes de ir a casa hice una pequeña desviación en mi ruta para visitar a mi hermana. No porque pretendiera contarle mi idea, pues quería mantener mi plan en secreto y eso sería casi tan efectivo como decírselo a Alberto. Lo que es equivalente a reservar la primera plana de los periódicos de mayor circulación en el país y contratar un servicio de megafonía solo por si acaso. Lo que quería era sacar información, no ofrecerla.

Resultó que mi plan de interrogar a Flor fue casi tan bueno como mi idea de ahorrar para asistir a una *Comic-Con*^[4] para mi cumpleaños número treinta. Y nunca he ido a una de esas convenciones, así que imagina qué tan efectivo fue.

Los días siguientes pasaron entre montañas de trabajo, confirmación de boletos, reservaciones de hotel, compras de último minuto que no estaban en mi presupuesto y visitas a mi abuela, a quien terminé confiando mis planes y ha dado su visto bueno a mi plan. Ahora no solo tenía más confianza, sino que además llevaba en mi bolsillo un anillo que ha estado en mi familia por algún tiempo.

Mi intención no era apresurar las cosas, solo mostrar que mi compromiso hacia ella era serio. Así que una de las primeras cosas que hice al llegar a Las Vegas con Alberto, fue reclutar toda la ayuda masculina que pude. Es decir, Samuel, mi cuñado, su hermano que también habían venido a la boda, y el hermano de Ruth, a quien llamé por teléfono apenas ella se fue al *spa* con sus

amigas. Así que con la ayuda de mi pequeño equipo, excepto Alberto quien demostró ser más que inútil para asuntos románticos, eché a andar mi plan. Solo esperaba que funcionara.



UN ELVIS EBRIO Y UNA PROPUESTA (INDECENTE)

Ruth

Cuando llegó el momento de hacer este viaje, las cosas entre Ignacio y yo se habían normalizado. Es decir, mi madre había regresado a su casa y podíamos hacer lo que se nos diera la gana en mi casa sin tener que escuchar críticas. Como caminar desnudos por la sala, o tener sexo en cualquier lugar y momento sin temer a la aparición sorpresa de alguien, por ejemplo. Así que separarme de él para venir a la boda de Melina no era algo que me entusiasmara demasiado.

Saber que podría venir y acompañarme mientras veía a una de mis mejores amigas casarse fue una de las mejores noticias que pudo darme, y tenerlo como cómplice en mis pequeñas caminatas por la ciudad hizo de esa experiencia algo inolvidable. Sin embargo sentía que Ignacio se estaba guardando algo. No sabía qué, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

El sábado por la tarde nos preparamos para celebrar la boda de Melina y Superman. Cecilia y Flor reservaron una capilla cercana a nuestro hotel, donde alguien con el tradicional disfraz de Elvis los declararía legalmente casados. Belén y yo nos ocupamos de hacer reservaciones para cenar, y de allí

iríamos a celebrar en grupo a la salud de los recién casados. Lo que no nos imaginamos es que el oficiante empezaría la fiesta sin nosotros, y llegaría ebrio a celebrar la boda.

—¡Qué envidia! —Se burló Flor, que estaba sentada a mi derecha—. Elvis puede venir a trabajar ebrio.

—Si tú te apareces en ese estado en mi oficina, te despides de tu puesto —le advertí, aunque sabía que estaba conmigo más por lealtad que por necesidad. Al fin y al cabo su negocio con Cecilia era cada vez más rentable y exitoso.

—Yo me voy a asegurar que, cuando nos toque, el oficiante llegue sobrio —dijo Mateo, que estaba sentado al otro lado de Flor—. No vaya a ser que se te ocurra invalidar la boda, o algo por el estilo.

La ceremonia fue simple, y más divertida de lo que esperábamos. Pero estábamos hablando de Melina, Superman y un Elvis ebrio, así que no sé por qué estaba tan sorprendida. La cena conservó el mismo espíritu de la boda, y mientras la comida y las bebidas hacían las respectivas rondas, también lo hicieron las historias que han marcado tanto nuestra amistad como el romance de los recién casados.

—Solo prométanme que no intentarán convertir en negocio eso de repartir serenatas —nos advirtió Samuel, haciendo reír a todo el grupo—. Con una visita a la cárcel es más que suficiente.

—Tampoco fue que los tratamos tan mal —se defendió Mateo.

—Pero algunas tuvieron tratamiento preferencial —se burló Lorena, y Flor se sonrojó hasta las orejas.

—¿Ellas traen botón de *Mute*^[5]? —Preguntó Ignacio—. Algo me dice que no quiero saber más.

—No, definitivamente no quieres saber —respondió Flor.

Cuando llegó el momento pedir la cuenta y llevarnos la fiesta a otro lado, Ignacio se acercó para susurrarme en el oído.

—Esto sería más fácil si tuviera mi teléfono... —bromeó.

—Sí, pero los cargos por *roaming*^[6] nos dejaría endeudados por el resto de nuestra vida —le dije encogiéndome de hombros.

—¿Me regalas unos minutos antes de que vayamos con ellos a celebrar? —Me preguntó—. Tengo una propuesta para ti.

—¿Indecente? —Sonreí, recordando nuestra pequeña escapada al motel

hace unos días.

—Eso depende —me respondió con un guiño.

Nos separamos del grupo, no sin antes confirmar varias veces la dirección del bar en el que nos reuniríamos, y caminamos algunos minutos por el *Strip*^[7] hasta llegar a la fuente del hotel Bellagio, que estaba a reventar con la cantidad de turistas observando el espectáculo en el que el agua danzaba al ritmo de la música.

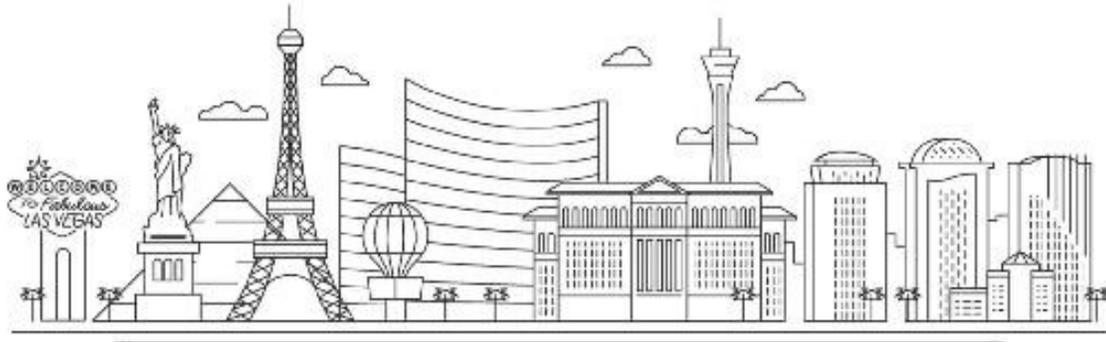
Cuando empezó a sonar *Fly me to the moon* de Frank Sinatra, Ignacio me cogió de la mano y me hizo bailar del mismo modo en que la fuente lo hacía tras nosotros. En ese instante, y durante el tiempo que duró la canción, no existía nada ni nadie más que nosotros. Durante esos minutos el mundo parecía haberse detenido para dejarnos disfrutar de las risas y la complicidad que ha marcado nuestra historia, una vez que dejamos atrás los secretos y nos atrevimos a apostar por el otro. En ese momento supe que seguiría a este hombre a cualquier lugar que él quisiera.

«Incluso a la luna, si era necesario.»

No esperaba que esta conexión absurda que compartíamos pudiera sorprenderme más, pero lo hizo. Así como me sorprendió Ignacio cuando terminó la canción. Él se alejó un par de pasos de mí y guardó las manos en los bolsillos de su pantalón. De uno de ellos sacó algo que no alcancé a ver. No entendía lo que estaba pasando hasta que se puso de rodillas frente a mí y la gente a nuestro alrededor empezó a chillar y tomar fotos.

Allí, en medio de un montón de desconocidos, Ignacio me pidió convertirme en su esposa...

«Y yo dije que sí.»



LO QUE PASA EN LAS VEGAS, TE PERSIGUE POR EL RESTO DE TU VIDA

Ignacio

Mientras íbamos en el taxi a reunirnos con el grupo en el bar donde seguiría la celebración de la boda, no dejaba de repetirme lo afortunado que era por tener a Ruth en mi vida. Ella no solo era hermosa e inteligente, sino que además era divertida, dulce, fuerte cuando necesitaba serlo y me entendía cuando nadie más lo hacía. Con ella no dudaba en mostrarme tal cual era, incluso mis inseguridades, que eran muchas. Ruth no me juzgaba ni se burlaba, sino que me inspiraba a ser una mejor versión de mí mismo.

Cuando llegamos al bar, la fiesta estaba en pleno apogeo. Alberto parecía haberse puesto al corriente con Belén y estaban en un rincón riéndose a carcajadas de quién sabe qué. Mi hermana estaba sentada junto a su novio, bailando sin levantarse de su asiento, y el resto del grupo seguía contando anécdotas que involucraban licor y malas decisiones.

Ruth y yo estuvimos allí un par de horas, en lo que ella le contaba a sus amigas los detalles de mi propuesta y cómo ella había dicho que sí, seguido de la ronda de valoración del anillo y las bromas de las que quedaban solteras sobre una epidemia de bodas. Pero luego de un rato me dijo que prefería tener

otro tipo de celebración. Una que incluía desnudez y privacidad. ¿Yo? Yo estaba feliz de hacer lo que ella dijera.

La mañana siguiente nos preparamos para volver a la realidad. Después de recoger nuestras cosas y dejar todo en orden, bajamos al restaurante del hotel para desayunar y reunirnos con los demás. Ya todos estaban allí. Bueno, casi todos. Alberto y Belén brillaban por su ausencia, pero a juzgar por el buen rollo que tenían en el bar no era de extrañar que siguieran poniéndose al día.

Estábamos regresando a nuestra habitación cuando Ruth decidió hacer una pequeña desviación para comprar algunas revistas para leer durante el vuelo, ya que yo olvidé empacar mi libro electrónico.

—Nos vemos en la habitación —me dijo.

—Mejor me esperas, yo traigo las maletas —ofrecí y ella asintió.

Seguí mi camino y recuperé nuestro equipaje, pero cuando estaba por regresar junto a mi novia Alberto me interceptó. Se le veía descompuesto y nervioso. Era la primera vez que lo veía así. Ni en su primer día de trabajo, ni cuando supo de la muerte de su padre estuvo en ese estado. ¿Silencioso y pensativo? Sí, pero nervioso y fuera de control, jamás.

—¿Pasa algo? —Le pregunté.

—Necesito que me ocultes en tu habitación por algunas horas —me pidió.

—¿Horas? —Me eché a reír—. Pero si tenemos que irnos ya al aeropuerto para no perder nuestro vuelo.

—Yo me voy en el siguiente... —tragó grueso—. Si Belén me atrapa soy hombre muerto.

—¿Qué coño hiciste? —Quise saber.

—Dije que sí —dijo, y cuando lo hizo el muy desgraciado sonrió.

—No entiendo...

—No tienes que entender... no ahora —insistió—. Solo tienes que dejarme usar la habitación. Yo corro con los gastos, te lo juro, solo déjame entrar.

—Si no tuviera que ir al aeropuerto en este momento, no me largaría hasta que me explicaras qué coño está pasando.

—Y te lo explicaré... —prometió—. Mañana. En la oficina.

—Más te vale que no desaparezcas —le advertí, porque lo había hecho antes. Después de aquella boda en la que tenía que escoltar a Ruth fingiendo que era yo... o que yo era él... bueno... esa boda.

Nos despedimos y él me entregó una de sus tarjetas de crédito para que le

cargaran los gastos de la habitación, así que seguí mi camino a la recepción para avisar el cambio en la reserva, y luego fui a buscar a mi novia y el resto del grupo. Belén estaba allí. Un poco verde y desorientada, sí, pero no convertida en una potencial amenaza mortal para Alberto. Estaba por decirle a Ruth lo que había pasado cuando llegaron los taxis que nos llevarían al aeropuerto. Y luego, me distraje y lo olvidé.

Mientras esperábamos el momento de abordar nuestro vuelo, Ruth, Melina y Flor aprovecharon conectar sus teléfonos a la red inalámbrica para revisar sus mensajes. Y después de la lluvia de notificaciones hubo un sonido colectivo de sorpresa, seguido de un silencio sepulcral. Ese silencio, como podrás imaginar, no duró mucho.

—¿Qué pasó? —Preguntó Belén, quien no se había molestado en conectar su teléfono. A ninguno de los que observábamos se nos pasó la forma sospechosa en que las muchachas se miraban entre ellas.

—¿Qué hiciste ayer después de mi boda? —Preguntó Melina, y a mí me recorrió un escalofrío.

«¿Qué coño hiciste, Alberto?»

—Que yo sepa, no me desnudé en público... —respondió Belén—. Tampoco tengo tatuajes nuevos, ni hice que me arrestaran, así que dudo que haya hecho algo más estúpido que eso.

—Ah, pero sí lo hiciste —dijo mi hermana entre dientes, pero todos lo escuchamos.

—¿Qué? —Chilló su amiga—. ¿De qué coño hablas?

—¿De tu nuevo estado civil? —dijo Ruth tentativamente.

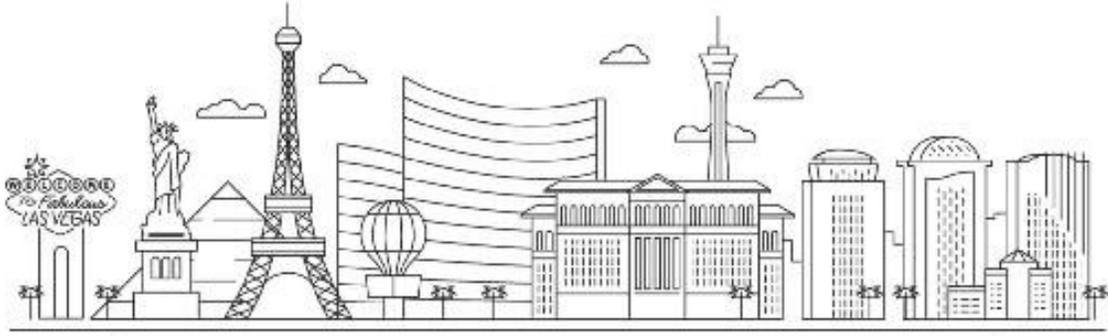
Belén arremetió contra las chicas y le arrebató el teléfono a Melina. No pasaron ni treinta segundos antes de que empezara a soltar maldiciones y amenazas. ¿El receptor? Te podrás imaginar quién era.

—¿Dónde se metió el cobarde ese? —Demandó saber—. ¿Por qué no me da la cara? Ni crea que esto se queda así —amenazó—. Apenas lleguemos voy a llamar a un abogado para que resuelva esto... —siguió diciendo.

—Y pensar que vinimos a celebrar una boda, y terminaron sucediendo dos —se burló Flor, quien aparentemente no le temía a la furia de su amiga.

—Dos bodas y un compromiso... —Ruth se echó a reír—. Mucho para aquello de *“lo que pasa en Las Vegas...”*

Y ella tenía razón, porque aparentemente lo que pasa en Las Vegas te persigue por el resto de tu vida.



OTROS TÍTULOS EN LA SERIE

Miss Fatality - <http://mybook.to/missfatalityAMZ>

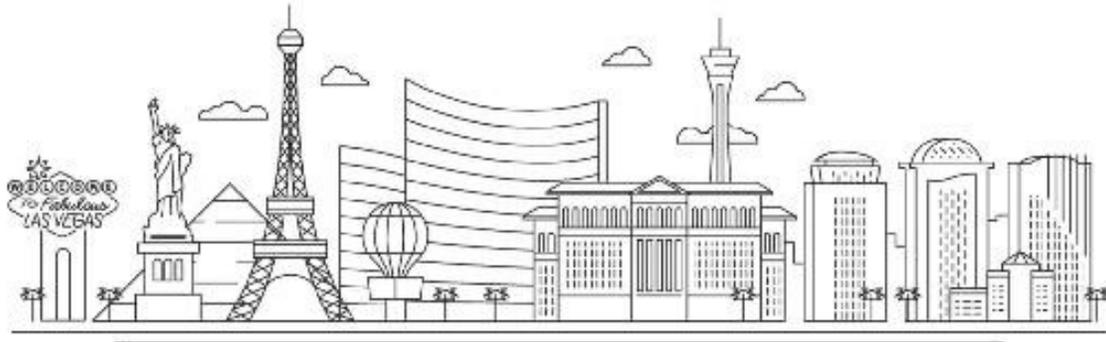
La Reina del Desastre - <http://mybook.to/LRDD>

Un amigo no tan invisible - <http://mybook.to/amigoinvisible>

El Alma de la Fiesta - <http://mybook.to/EADLF>

Conexión Inesperada – <http://mybook.to/ConexionInesperada>

Si disfrutaste la historia, puedes considerar dejar una reseña en Amazon y/o Goodreads.



SOBRE LA AUTORA

Miriam Meza nació en Maracay estado Aragua (Venezuela) el 08 de Agosto de 1986. Se graduó como Ingeniero en Informática, profesión que ejerce en la actualidad. Sin embargo fue seducida por las letras y la música desde temprana edad. Es fanática de las redes sociales y dedica mucho tiempo a sus lectores a través de Twitter y Facebook. Además, suele colaborar con el sitio de reseñas Bukus y administra Blog on the run, un sitio en el que periódicamente datos sobre sus lecturas, obras o la música que escucha.

Síguela en sus redes sociales:

<http://instagram.com/extremedamage>

<http://facebook.com/miriammezaescritora>

<http://twitter.com/extremedamage>

[1] **Magic Mike** es una película dirigida por Steven Soderbergh, y protagonizada por Channing Tatum, Alex Pettyfer, Matt Bomer y Matthew McConaughey, entre otros. En la historia un estríper veterano apoya a un joven principiante y lo instruye en los secretos de la profesión. El concepto fue convertido recientemente en un espectáculo musical en Las Vegas.

[2] **The Hangover** (Resacón en Las Vegas en España y ¿Qué pasó ayer? en Latinoamérica) es una película dirigida por Todd Phillips y protagonizada por Bradley Cooper, Ed Helms, Zach Galifianakis y Justin Bartha.

[3] William Wallace fue un soldado escocés, de ascendencia galesa, que dirigió a su país contra la ocupación inglesa del rey Eduardo I de Inglaterra en la primera guerra de Independencia de Escocia.

[4] **Comic-Con** es una convención para fanáticos de las historietas que se celebra durante cuatro días de verano en el Centro de Convenciones de San Diego (California). Actualmente es un evento que agrupa no solo a los amantes de los cómics, sino que también abarca otros elementos de la cultura popular, en especial el cine y los videojuegos.

[5] Para quitar el sonido.

[6] El servicio de **roaming** permite tener cobertura móvil y/o de datos cuando estamos en el extranjero.

[7] **The Strip** (del inglés La Franja), es una sección de aproximadamente 6,4 km de la calle Las Vegas Boulevard South en las localidades de Paradise y Winchester, Nevada, al sur de los límites de la ciudad de Las Vegas. El Strip es una de las avenidas más filmadas y fotografiadas de los Estados Unidos, y probablemente junto con el Hollywood Boulevard en Los Ángeles (donde se encuentra el paseo de la fama de Hollywood) y la Quinta Avenida de Nueva York, sean las avenidas más famosas de los Estados Unidos.